

**SUSANA
MARTÍN GIJÓN**

**MÁS QUE
CUERPOS**

SAGA DEL TRÉBOL 1



DEBOLSILLO

5.

Annika acaba de prepararse.

Aunque su cita es estrictamente profesional y en su día ignoró todos sus intentos de acercamiento, le agrada la idea de cenar con Bruno. Es solo que ella no quiere complicarse la vida por nadie. Su prioridad es el trabajo, y el tiempo libre no lo va a malgastar sobrepensando en algún hombre.

Nada le hace sentirse tan bien como estar en su casa sin obligaciones ni ataduras; tan solo descansar la mente, ver una película clásica junto a su perra Tabita o hacer alguna tabla de ejercicios. Y si tiene ganas de tomar el aire, qué mejor que unas carreras por el parque con la galga para volver a casa llena de buenas vibraciones.

A veces puede apetecerle un poco de contacto social, pero en esos casos suele haber alguna conocida de quien tirar. Así fue como le conoció, en uno de esos días. Llamó a una excompañera de la universidad muy dispuesta siempre si de fiestas se trataba, que enseguida le informó del plan y pasó a recogerla.

La barbacoa no estuvo mal, aunque a esas alturas de la vida aún no ha conseguido desembarazarse del malestar al saberse observada. Y vaya si lo era. Porque Annika mide un metro setenta y cinco, tiene unas caderas generosas, unos profundos ojos negros y una bonita sonrisa con la que, no obstante, no obsequia demasiado a menudo. Pero lo que más destaca en ella es su color de piel y su pelo afro abultado, tan diferentes a los cánones de belleza del resto de las mujeres de su entorno.

En Mérida casi todo el mundo la reconoce; ser policía era justo lo que le faltaba para no pasar inadvertida, pero hace mucho que tomó la decisión de no dejarse influir por el pensamiento de los demás. O de intentarlo, al menos.

Lo malo es que ese reconocimiento no funciona al contrario. La gente de su edad va y viene según le cae el trabajo, y en círculos como aquel no suele conocer a nadie. Desconfió de Bruno cuando se acercó, aunque al poco tuvo que reconocer que se lo estaba pasando bien con él. Además, era atractivo. Pelo rubio ondulado, pirsin en la ceja, unos hoyuelos sexis cada vez que sonreía, y esos ojos color miel que la miraban de una forma tan diferente... Difícil resistirse. A pesar de la camiseta de superhéroe y el anillo de Linterna Verde que advertían de que era un friki de libro.

Pasaron juntos el resto de la tarde y ya entrada la noche se animó a ir a un bar del centro a bailar. Y de ahí... a meterlo en su cama. Un par de revolcones estupendos, y luego ella le invitó amablemente a irse. Una cosa era dejarse llevar y otra muy distinta aguantar los ronquidos de un extraño. Con los de su perra y los suyos propios le basta y le sobra.

Al día siguiente ya la estaba escribiendo. Aún hoy no sabe qué cable se le cruzó para darle el teléfono, pero él no desaprovechó la ocasión. Un sms como en los viejos tiempos, porque Annika pertenece al exiguo grupo de personas que están fuera del circuito de los chats instantáneos. Ni WhatsApp, ni Telegram, ni por supuesto ninguna de esas redes sociales donde la gente se expone de una forma tan impúdica. Salvo las cuestiones profesionales en las que no tiene más remedio, limita el uso del móvil para llamar y recibir llamadas.

Así que ahí estaba, ese mensaje en espera de respuesta, reclamándola cada vez que miraba la pantalla. Ese mensaje que no permitía a la otra parte salir airosa sin quedar en evidencia

que el interés no era recíproco. Y unas semanas más tarde, otro. Y otro más, casi a la desesperada. Hasta que, como era previsible, Bruno se cansó de intentarlo.

Consulta el reloj con apuro. Están a punto de dar las nueve. Rara vez cumple los horarios con precisión. Se mira en el espejo, satisfecha con la imagen que le devuelve. Se ha enfundado unos vaqueros pitillo que realzan su figura, combinados con una blusa amarilla. Los rizos, recién lavados, comienzan a tomar volumen tal y como a ella le gustan. Hace mucho que dejó de intentar domarlos. Qué liberación aquella. Ahora está orgullosa de mostrar esa parte de su identidad.

Se retoca el pintalabios color vino, agarra el bolso y repasa con la mirada la estancia. No se deja nada. Tendría que haber sacado a Tabita, pero ya no le da tiempo. Cierra la puerta con una punzada de culpabilidad.

6.

Sara comprueba que no hay nadie en casa.

El ambiente se ha enrarecido después de la última discusión. Siente que cada una de las decisiones de los últimos meses le ha ido conduciendo a un callejón sin salida, lo que aumenta una ansiedad ya cronificada. Cada día se mueve como una autómatas, con la mente colapsada por las mismas ideas que giran a toda velocidad sin dejar espacio para más. Sabe que tiene que detener el flujo de pensamiento recurrente de una vez. Tiene que parar y actuar.

Hoy dispone de la tarde para ella. Álvaro está viendo el fútbol con los amigos y tardará en regresar. Seguro que se lían a copas después, tanto si gana su equipo como si no. Sabe que el fútbol es solo la excusa, pero, en momentos como este, se alegra de que exista.

Va a la cocina a prepararse una tila y se acomoda en la butaca del dormitorio. Aunque comparte la habitación con Álvaro, él rara vez pasa tiempo allí aparte del destinado a dormir y a sus cada vez más esporádicos encuentros sexuales. Los ratos que está en casa se tumba en el sofá delante del televisor, y esta butaca se ha convertido para ella en una suerte de refugio.

Agarra un bolígrafo y se coloca delante de un folio en blanco dispuesta a escribir. El papel le fuerza a seguir sus ideas con un orden lógico en lugar de ir vagando de una a otra. En algunas épocas de su vida ha llevado un diario, pero ahora no se atreve: Álvaro no dudaría en leerlo. Por eso rasga la hoja cada vez que

acaba hasta convertirla en una especie de confeti que tira por el desagüe del váter.

La tinta fluye a buen ritmo cuando de repente oye la puerta de la entrada. Se sobresalta ante el ruido y consulta el reloj que descansa sobre la mesita de noche. Las 22.38. El partido ni siquiera ha llegado al descanso. Siente cómo se le acelera el ritmo cardíaco. Esconde el folio y espera a que se abra la puerta de la habitación para saber a qué se debe el cambio de rutina.

No tiene que aguardar más que unos segundos. Cuando eso sucede, sus ojos reflejan pánico e incredulidad a partes iguales.

7.

Bruno llega a las nueve en punto.

No ha estado nunca en ese restaurante, el único vegetariano de la ciudad; se considera demasiado carnívoro. Pero el sitio lo ha escogido ella y no era plan de empezar poniendo pegas.

Observa con curiosidad a su alrededor. Es un lugar coqueto, de esos en los que cada detalle está cuidado con mimo. Pide una cerveza en la barra y enseguida la camarera empieza a darle palique.

—Cómo mola tu chupa.

—Marvel, ¿eh? —Bruno sonríe. Es su chaqueta favorita, con el escudo del Capitán América. Y sirve para identificar a *True Believers* como él, seguidores de los cómics de Stan Lee.

—A muerte —dice la chica—. Pero yo soy más de Bruja Escarlata.

La chica saca un llavero del bolsillo y se lo muestra. Es un Funko de la superheroína hechicera. Bruno se echa a reír y le hace un gesto con la cerveza.

—Por Los Vengadores.

Ella está a punto de abrirse un botellín para brindar, pero alguien la reclama y ha de alejarse. Al poco, vuelve con las mismas ganas de conversación.

—Oye, pero no me suena tu cara. ¿Eres de Mérida?

—Me crie en Montijo.

—Buen pueblo. ¿Ahora vives aquí?

—Soy periodista. —Bruno se encoge de hombros—. En Mérida es donde más noticias se mueven.

—Yo prefiero Badajoz. Pero, claro, aquí están la mayoría de los políticos.

—Exacto. Ellos son los que fabrican las noticias. Nosotros poco más que las reproducimos.

—Qué cínico eres para ser tan joven, Peter Parker —bromea la camarera.

Ella sigue con sus tareas y Bruno se queda solo con sus pensamientos. Tiene parte de razón, se ha vuelto un poco descreído. E indolente. Reconoce que como periodista cada vez se esfuerza menos. Pero no es que tenga mucha motivación. La mayoría de sus colegas están como él: son pocos los que han logrado entrar en la plantilla de uno de los escasos medios extremeños. El resto pagan su cuota de autónomos y tratan de llegar a fin de mes entre colaboraciones, artículos, columnas y quién sabe qué más. Eso les hace sentirse hastiados, desencantados de la profesión, cuando no manifiestamente nihilistas. Él, el primero.

Si le toca cubrir un acto, se limita a acudir a la convocatoria. La mayoría de las veces se trata de una rueda de prensa de algún político. Se colocan medallas con una facilidad pasmosa, la misma que tienen para escurrir el bulto de los problemas. Pero él, como periodista, ¿qué hace? No es que no se les pueda poner en apuros, vaya si se puede. Con la que está cayendo. Pero la situación ya ha acomodado a todas las partes. Los altos cargos cuentan lo que hayan venido a contar, les pasan la palabra por puro trámite y les agradecen su asistencia. Si los periodistas fueran más críticos, quizá empezarían a temer sentarse en ese sillón. Y es que esa es su labor, sacarles las verdades y mostrárselas a la gente. Luchar por la transparencia. De repente

se siente imbuido por una convicción: se ha amoldado, pero espabilará. Se especializará en algo. Tiene que destacarse, marcar la diferencia. Y, al mismo tiempo, cumplir con su misión como periodista. Al fin y al cabo, un gran poder conlleva una gran responsabilidad.

Da el último sorbo a su cerveza y consulta el reloj. Las nueve y diez. ¿Y si Annika ha cambiado de opinión y le deja plantado como a un ficus?

El restaurante se ha ido llenando y ahora la camarera no da abasto, aunque saca un momento para dejarle otro botellín al tiempo que le guiña un ojo.

—Invita la casa.

Lo agradece y tira de móvil para matar el tiempo. Enfrascado en un vídeo del reto viral de turno, no se da cuenta de que tiene a Annika delante hasta que ella le saluda. Da un respingo.

—Sí que estabas concentrado.

Bruno trata de controlar los nervios que le invaden al verla y se levanta para darle dos besos inseguros.

—Qué guapa estás.

—Tú también estás muy elegante —contesta ella sin disimular un fugaz escáner visual.

Bruno sonríe complacido. Le había dado mil vueltas a lo que se pondría, y al final optó por dejar en el armario sus viejas camisetas *geeks* y enfundarse una camisa de un rosa pálido y unos vaqueros menos raídos de lo habitual. Y los calzoncillos de la suerte, claro.

—Oye, perdona el retraso.

—No te preocupes, si yo acabo de llegar —miente a la vez que tortura a la etiqueta del botellín. De repente le sobran manos, no sabe dónde ponerlas—. ¿Nos sentamos?

—Vengo muerta de hambre.

Se acomodan en el interior. Bruno observa la estancia. Se nota una mano femenina, con una decoración agradable en tonos violetas.

—Me gusta el sitio.

—Pues ya verás cuando pruebes los platos.

—La verdad, soy más de carne —dice Bruno sin reprimirse por más tiempo—. Y tú, ¿cuándo te has vuelto vegetariana? En la barbacoa bien que comiste.

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo sea vegetariana?

Bruno alza la ceja del pirsin en una mueca de sorpresa.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Pegarnos un homenaje. La comida está buenísima.

—Si tú lo dices. —Se encoge de hombros—. ¿Qué tipo de lechuga ponen?

Annika deja escapar un sonoro suspiro de resignación que hace reír a Bruno. Luego toma una de las cartas.

—¿Me dejas elegir?

—Adelante.

—A ver... Pediremos las crepes de calabacín y la musaka de setas.

—Eso se me queda a mí en los zancajos.

—Muy bien, y el seitán con verduras. Pero te advierto que hay que comérselo todo. Insistirán para que lo termines.

—¿Y si no me gusta?

—Eso no va a pasar.

—Pero ¿y si pasa?

—Les romperías el corazón.

Bruno se echa a reír.

—En menudo lío me has metido, morena.

En ese momento la camarera viene a tomarles nota.

—¿Para beber?

—Yo tomaré una copa de Dulce Eva —dice Bruno.

—Vas fuerte, Peter —bromea la camarera—. ¿Y tu acompañante?

—Yo también.

—Pues trae una botella —pide él, envalentonado.

Cuando la chica se aleja, Annika le mira con curiosidad.

—¿A qué venía eso?

—¿Qué?

—Lo de Peter.

—Nada, una broma tonta...

Ella se queda con ganas de preguntar más, y también de decirle que vaya miraditas que le lanza la camarera, pero se muerde la lengua. No es a eso a lo que ha venido. De modo que toma aire y se lanza sin más preámbulos:

—Supongo que te preguntarás por la razón de todo esto.

—Tengo curiosidad.

—Ya imagino. No conozco a muchos periodistas. —Ahora es ella la que se siente algo insegura—. En realidad, solo a ti.

Bruno la mira con atención.

—Y quiero proponerte una historia.

—Ahora sí me has intrigado.

—Aunque ahora estoy en la UDEV, mi...

—¿La UDEV? ¿La UFAM?

—Perdona, a veces se me olvida que no todos habláis nuestra jerga. Ahora trabajo en la Unidad de Delincuencia Urbana, antes estaba en la de Familia y Mujer, donde se abordan los casos de mujeres que denuncian a su pareja por malos tratos, o de agresiones sexuales. Es fundamental que se afronten estos temas con perspectiva de género.

—Claro, lo entiendo.

—Pero en lo que me estoy centrando ahora —continúa ella con tono pedagógico— es en la mayor de las violencias hacia las mujeres: la trata con fines de explotación sexual.

Bruno la anima a seguir con un gesto de atención.

—¿Sabías que más del setenta por ciento de las mujeres prostituidas son víctimas de este delito?

—Pues... no.

Él no se esperaba que la conversación tomara esos derroteros. Mujeres prostituidas, traficadas... Nunca le ha tocado ocuparse de ese tema. Da un sorbo al vino. Es fresco, con un toque afrutado y dulzón. Podría beberse media botella y ni se enteraría.

—Y esto... ¿de qué forma abordáis exactamente el delito de trata?

Annika tuerce el morro. Ha supuesto que al ser periodista conocería esa realidad, y al parecer ha sido demasiado suponer. Igual no ha sido tan buena idea, después de todo.

8.

Violeta se acaba de desmaquillar.

El efecto de liberación es casi igual al de quitarse los tacones cuando llega a casa. Supone el fin de la jornada: su rostro por fin vuelve a ser su rostro y no el de la mujer perfecta, libre de uniformidad de tono, de pómulos rojizos, de párpados sombreados y pestañas ultralargas. Ahora es Violeta, la de las ojeras de mapache, el grano en mitad de la frente, las arrugas en la comisura de los labios; es la mujer cansada, la madre trabajadora —y cómo de trabajadora—, la esposa que solo quiere arrebujarse en el sofá con su marido a ver un capítulo de la serie de turno antes de caer rendida un día más.

Se pone el pijama, otra excarcelación más, sus curvas ya no se ciñen a nada, la celulitis campa a sus anchas en culo y muslamen, los pechos se bambolean bajo la tela de algodón con diseño de ositos de peluche. Vuelve al baño, falta algo aún, los cuidados de la piel antes de dormir para que siga tersa, aguante unos años más fingiendo ser más joven de lo que es. Extiende el sérum facial en el rostro, pasa un trapo por el lavabo mientras se absorbe, luego el contorno de ojos, vuelve al dormitorio, coloca las ropas que se acaba de quitar, regresa al baño y va a por la siguiente fase, crema hidratante de noche. Se suelta las pinzas que le recogen el cabello —una opresión más que cae, la última—, lo cepilla con cuidado hasta que brilla casi casi como el de las chicas de los anuncios y se va al salón a reencontrarse con su marido.

Solo que su marido ya ronca en el sofá, inmune a los berridos que pegan los pseudoperiodistas de un programa nocturno. De mal humor, se da la vuelta y se mete en la cama. Por lo menos estará a sus anchas. Hasta que los gritos de los tertulianos, o quizá incluso sus propios ronquidos, saquen a Antonio del sopor y sus cuerpos se encuentren y disputen en sueños el espacio en el uno cincuenta del colchón.

Annika da un trago a su copa de vino y lo confirma con un movimiento de cabeza.

—Pero te seré sincera: no puedo pagarte.

—¿Cómo?

—Lo que estoy haciendo es proporcionarte una historia que es necesario contar. Te pasaré datos, te asesoraré en lo que necesites, pero los gastos corren de tu parte. Ser capaz de colocarla en algún medio, también.

—Un encargo de trabajo, una chica guapa... Sonaba todo demasiado bien.

Bruno se toma unos instantes. Mastica un poco de calabacín, sirve un poco más de vino en ambas copas.

—¿Y yo qué gano con todo esto? —dice al fin.

Cuando Annika contesta, hay un poso de tristeza en el fondo de sus ojos:

—Tú, no lo sé. Pero si lo conseguimos, quizá podamos salvar a algunas de esas mujeres.

Él bebe un buen trago de su copa. Se acuerda de su madre, la pragmática de la familia. Está seguro de lo que le diría: no te metas en camisa de once varas, hijo; escribe la biografía de doña Paquita y hazte con un dinerillo. La verdad es que está sin blanca. Annika ha espoleado su vena idealista, le ha puesto en bandeja exactamente lo que se propuso hace un rato, luchar contra las injusticias haciendo periodismo de investigación. ¿De verdad va a rechazarlo por una cuestión material? Y ¿de verdad va a decepcionar a la portadora de esos preciosos ojos negros, esos ojos que brillaban de emoción al hacerle su propuesta pero que ahora se han apagado ante sus dudas?

No mientras siga llegándole para pasta con tomate.

—Cuenta conmigo.

El brillo regresa a su mirada, y una sonrisa realza la belleza del rostro de Annika. No es que se prodigue en sonrisas, esa chica. Casi se considera pagado ya.

10.

Juana está rematando una bufanda.

Es un encargo de los que hace para llegar con menos aprietos a fin de mes. Benditas jóvenes que vuelven a lo tradicional, o a lo «vintás», como dicen ellas. La sobresalta un grito proveniente del piso de sus vecinos. De inmediato le sigue un golpe y varios gritos más, ahora ahogados, junto a objetos que caen al suelo.

Un estremecimiento le recorre el cuerpo. No quiere pensar lo que está pensando. Los ruidos continúan y ella se escapa a la cocina y sintoniza música en la radio. Permanece inmóvil en mitad de la habitación, sin saber qué hacer. Entonces, un aullido espeluznante atraviesa la música y la alcanza de nuevo, calándosele hasta los huesos.

Su primera respuesta es subir el volumen. Después pensará que fue una cobarde y el sentimiento de culpa no llegará a abandonarla nunca, por mucho que se diga a sí misma que reaccionó de forma innata, que es una respuesta que sale de dentro para tratar de protegerse.

Rechaza lo que cree saber que está ocurriendo. Otra vez no. Y, a juzgar por los ruidos, mucho peor que las anteriores.

Al rato, apaga la radio. Solo le llega el silencio más absoluto. Vuelve al sillón que ha abandonado minutos antes y se sienta clavando la vista en la bufanda. Tras lo que parece una eternidad, se atreve. Abre la puerta, recorre los escasos metros que la separan de la de Álvaro y Sara y pulsa el timbre. Le tiemblan las piernas. Nadie responde. Vuelve a llamar con

insistencia. A medida que transcurren los minutos y no hay respuesta, un sentimiento aterrador se adueña de ella.

Regresa a casa y se sienta una vez más. Recuerda los anuncios, las campañas que tantas veces ha escuchado en la radio. Le da vueltas a la idea una y otra vez, mientras continúa alerta por si oye algo más. Nada.

Por tercera vez esa noche se levanta. Ha tomado una decisión.

11.

No queda ni una miga en los platos.

Y Annika ya le ha dado a Bruno un cursillo acelerado sobre los crímenes que rastrearán. La velada no es como él imaginó, pero la ha disfrutado a su manera.

—Todo riquísimo —reconoce Bruno—. Y el postre, qué locura. ¿Cómo puede estar tan bueno un bizcocho de tomate? ¡De tomate verde!

—¿Verdad? Si me gustara cocinar, haría lo imposible por que me dieran la receta.

—Igual yo puedo conseguirla.

Ella le dirige una mirada burlona.

—Ya imagino.

—¿Qué?

—La camarera. Soy policía, no te creas que se me escapan los indicios, «Peter».

Bruno se sonroja y pone cara de no haber roto un plato.

—Me declaro inocente.

—No se te resisten las tías, ¿eh?

—Solo las que me interesan —dice, y se encoge de hombros con la misma cara de santo.

Annika cabecea disimulando una sonrisa que quiere colarse en sus labios. Ella también está disfrutando. Quizá ha subestimado a Bruno. No tiene formación en género, pero, siendo realista, ¿quién la tiene? En su propio trabajo, la mayoría son más brutos que un arado.

—¿Por ejemplo?

Annika deja vagar una mirada melancólica.

—En los días en los que había algo que celebrar, mi madre preparaba un asado de kudu junto al resto de las mujeres de la aldea.

—¿Kudu?

—Una especie de antílope.

—Eso sí que me gustaría probarlo.

Ella le mira con simpatía, y luego Bruno le pregunta cómo acabó en España. Annika evita responder. Hay recuerdos que una aísla en las más remotas mazmorras de su memoria, y ahí han de seguir. Sí le habla de lo difícil que fue adaptarse a esa ciudad donde no entendía nada de lo que le rodeaba, empezando por el idioma en el que hablaban esos desconocidos paliduchos.

Él se da cuenta de que a ella le cuesta regresar al pasado y decide no seguir hurgando. Además, va siendo hora de levantarse. El vino se ha terminado, no queda nadie en el restaurante y la camarera se asoma de vez en cuando sin disimular su impaciencia.

—Pago yo. —Annika se adelanta a sus pensamientos.

—Qué dices, déjame que te invite.

—Ni hablar.

—Venga, insisto.

Ella se mantiene firme:

—No puedo costear tu reportaje, pero me da para una cena.

Bruno acepta con un fingido conformismo y un más que auténtico alivio. No están las cosas para hacerse el galán antiguo.

Una vez fuera, sugiere dar un paseo que sí es bien acogido. En el fondo, ninguno tiene ganas de irse todavía. Deambulan por las callejuelas del centro de la ciudad, parándose ante algunos de los restos bimilenarios que hacen de Mérida una ciudad de

referencia turística. Se detienen ante el Foro Romano, toman una foto al Templo de Diana, se asoman a ver los mosaicos del Centro de Interpretación. Él va sopesando qué hacer después: ¿la invita a su piso a tomar una copa?, ¿lo considerará fuera de lugar? Ya le dejó claro en su día que no quería nada más. Después de aquella noche tan especial, como si solo él recordara la conexión que surgió entre ambos. Desde entonces no había vuelto a saber de ella. Hasta ahora. Ella le ha ofrecido un trabajo, él lo ha aceptado y han acordado los términos. Esos son los datos objetivos.

Pero está solo en casa y eso no sucede a menudo. Julio se ha ido a no sé qué encuentro de su asociación y Edu le ha regalado a Laura un fin de semana en el Valle del Jerte. Y han vuelto a conectar; no se le escapa cuándo atrae a una chica.

—Oye, no solo se me da bien la cocina. También sé algo de coctelería —se lanza.

—¿Ah, sí?

—Y tengo un balcón desde el que hay unas vistas increíbles del Teatro Romano...

Ella le observa fijamente y él vuelve a sentir los nervios aferrados al estómago. Es incapaz de desentrañar qué pasa por la cabeza de esa mujer. ¿Va a mandarle a freír espárragos? ¿A hacer gárgaras? ¿A montar en globo? ¿A algo peor?

No llegará a saberlo, porque en ese momento un ruido estridente emerge de su bolso.

Annika manotea hasta localizar el teléfono y da un respingo al ver el número.

—Qué raro, no estoy de servicio.

